

RESURRECCION

Había allí una casa con un invernadero lleno de flores. También había un laboratorio y otras muchas cosas, pero lo más importante de todo era Fernández, su dueño.

Fernández era cojo, enfermo de parálisis ya desde pequeño, quizás por eso le gustaban las flores.

Pasaba muchas horas en el invernadero o en el laboratorio y después de muchos días de profundos estudios, Fernández vislumbró la posibilidad de crear la rosa azul cósmica, una flor extraordinaria, de intenso color, y desarrollada gracias a la energía nuclear.

Así lo hizo, tras muchas pruebas plantó por fin su última semilla y esperó que creciera, sentado en una silla desvencijada vió aparecer bajo tierra primero una hierba pequeña que fué creciendo, y después un capullo azul que se abrió, hasta quedar convertido en el cáliz más extraordinario. Entonces Fernández, sacó del bolsillo un tubo de cristal y extrayendo de él un átomo, lo dejó caer sobre los pistilos de la flor. Al contacto del átomo la rosa empezó a desarrollarse de forma gigantesca hasta alcanzar el tamaño de un girasol.

Fernández estaba tan contento de su experimento que se pasaba las horas muertas contemplando la maravillosa flor.

Un día, apoyado sobre sus muletas, Fernández salió a la calle. En la calle había gente, coches y tranvías, pero también había una muchacha rubia pequeña de pelo lacio.

Fernández la vió, se enamoró, y en aquel instante las nubes que cubrían el cielo se apartaron para dejar paso al sol.

Llegó a su casa, y dirigiéndose al invernadero se quedó contemplando la rosa cósmica azul.

Su talle empezó a moverse, y su cabeza se fué transformando en la cabellera dorada de la muchacha de la calle, sí, seguro, ¡era ella!, mirándola Fernández se durmió y al despertar contempló de nuevo su rosa azul cósmica.

Todos los días Fernández iba a la calle, aquella calle ancha de tranvías rojos, taxis amarillos, urbanos azules y señales de tráfico, una calle llena de color, sobre todo, cuando por fin vió de nuevo a la muchacha rubia. Le habló. Siguieron otros días, y siguió el amor.

—¿Como te llamas?

—Soledad

—¿y tu?

—Fernández... ¿te llamas Soledad?

—Sí, dentro de tres días será mi santo.

—Tu santo... entonces te haré un regalo... ya verás, te regalaré mi rosa cósmica azul, dijo despidiéndose.

Fernández llegó a su casa y penetró en el invernadero, pero al hacerlo se quedó pálido y desencajado, ¡la rosa cósmica azul, estaba muerta!

Fernández se echó a llorar, y sus lágrimas formaron barro sobre la maceta de la flor.

Cogió el teléfono y marcó una cifra.

—¡Diga!

—¿Profesor Magnolius?

—Sí, yo soy.

Aquí, Fernández; se acaba de morir la rosa cósmica azul.

Lo siento amigo; ahora mismo voy a verle, contestó el viejo profesor.

Al cabo de un rato, Magnolius apareció en casa de Fernández:

—¿Dónde está la flor?

Aquí, mirad.

El viejo profesor, como todos los viejos profesores, llevaba una lupa grande, con la que examinó la planta y exclamó:

—¡Revive!, mira que brote verdoso hay junto al fango, la humedad la hizo brotar.

—Así, ¿mis lágrimas la salvaron?

—Sí, exacto. Ahora, lo único que hace falta es una inyección.

Dicho esto, el viejo profesor Magnolius cargó la jeringa con extracto de jalea de avispa, y clavando la aguja en el talle de la rosa le inyectó el viscoso líquido.

—Muy bien, amigo Fernández, después de esto, según mis cálculos, de aquí tres días la rosa recuperará su aspecto anterior.

—Gracias Profesor Magnolius, le estoy muy agradecido.

Tres días justos eran los que faltaban para el santo de Soledad. Al día siguiente, después de la intervención de Magnolius, la rosa no dió la menor señal de vida. Lo mismo ocurrió el segundo y Fernández había perdido todas las esperanzas, pero en la mañana del tercer día entró en el invernadero y encontró a la flor radiante, de intenso color azul.

—¡Había resucitado!

Fernández cogió la planta, y salió a la calle tropezando con sus bastones hasta llegar a casa de Soledad.

Cuando esta abrió la puerta se quedó extasiada contemplando la rosa. Estaba tan emocionada que apenas podía hablar, Fernández también lo estaba, tanto, que se desmayó, rodando por la escalera y haciéndose un gran chichón.

Al ruido del golpe, salieron todos los vecinos, Fernández recobró el sentido y celebraron aquel día del Santo.

Luego pasaron otros días, otros años y se casaron. ¿Y la rosa?

Pues la rosa azul cósmica también vivió durante algún tiempo hasta que al fin se secó de vieja, pero de sus semillas nacieron después miles de flores como aquella, y los nietos y los biznietos de Fernández, al llegar el día del Santo, se regalaban siempre unos a otros una rosa cósmica azul.

Santiago Marsal.